

Identidad y experiencias cotidianas de violencia

MYRIAM JIMENO

MYRIAM JIMENO
Socióloga,
Centro de Estudios
Sociales
Universidad
Nacional
de Colombia

Durante un congreso de historia en Colombia, el historiador británico Malcom Deas planteó que a comienzos del siglo los conflictos agrarios de una región colombiana “no eran particularmente violentos”. Para su sorpresa, esta afirmación levantó entre los asistentes ardientes protestas y alguno le increpó sobre cuántos muertos necesitaba para considerarlos “violentos”. En un fin de semana en Medellín, arguyó él sin éxito, hay más muertos que en esas confrontaciones. Pero su principal sorpresa no fue la discusión, sino el rechazo inmediato de la audiencia a su punto de vista e inclusive le pareció que ésta “quería un pasado violento”¹.

En otro contexto social, durante 1997, uno de los colegios capitalinos para escolares de clase alta seleccionó el tema de la violencia para las representaciones artísticas de su semana cul-

tural. Suponiendo que se trataba del mismo fenómeno que impresionó a Deas, decidimos asistir a la principal representación y preguntar a la profesora, una europea joven, la razón de esa elección. Arguyó que los colombianos rechazan y a la vez reiteran permanentemente la violencia que padecen. Una vez que ella sobrepasó el impacto inicial de vivir escuchando descripciones escabrosas sobre actos de violencia, encontró positivo apoyar esa forma de insistir sobre la violencia en contraste con el ocultamiento o minusvaloración que de ella se hace en otros países. Le parecía, sin embargo, que los colombianos veían “su” violencia, pero no la del resto del mundo.

¿Qué configuración interpretativa articula estos elementos contradictorios en los que se traslucen al tiempo horror y fascinación, y por qué la violencia se

¹ Malcom Deas y Fernando Gaitán, *Dos Ensayos Sobre la Violencia en Colombia*, Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo, Departamento Nacional de Planeación, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1995, p.8.

destaca en la demarcación identitaria? ¿Qué relación existe entre la reiteración discursiva de la acción violenta y las experiencias de violencia? ¿Produce usualmente el ejercicio de la violencia ese efecto paradójico de atracción y repulsión y cuáles son sus efectos sobre la acción y las dinámicas sociales?

Este texto argumenta que el discurso más extendido en la sociedad colombiana, al cual puede llamarse, siguiendo a R. DaMatta², discurso erudito, imputa los actos de violencia a un rasgo de la identidad nacional. En contraste, las personas de los sectores urbanos de menores ingresos entienden la violencia como originada en confrontaciones personales. El uso de la violencia en el hogar es visto por ellos como un medio para lograr la corrección de lo indeseable y para obtener el respeto mediante el ejercicio del control del grupo doméstico. Así, la diversidad de experiencias de violencia es interpretada de manera diferencial por los distintos sectores sociales, interpretaciones que guardan relación con las construcciones cognitivas sobre la sociedad y con los modelos sobre las relaciones con otros. Unas y otras formas de clasificar las acciones violentas tienen problemáticos efectos compartidos sobre las relaciones de convivencia y la vida democrática.

ETIQUETAS DE IDENTIDAD Y VIOLENCIA

En las sociedades contemporáneas, las formas clasificatorias mediante las

cuales se construyen definiciones sobre uno mismo y sobre los otros se han hecho complejas. La fragmentación de la identidad y su pérdida de sustancia es un tema recurrente en las discusiones intelectuales. Lash y Friedman³ destacan que tanto los modernistas estructuralistas como los llamados post-estructuralistas tienen como piedra angular de su teoría la irrelevancia de la identidad y de la subjetividad del actor social; para algunos, como M. Foucault, éstas son creadas por el discurso, mientras para otros, como Lyotard, el sujeto carece de sustancia.

Pero esta nueva "ortodoxia" deja una profunda insatisfacción sobre la comprensión del sistema de referencia cultural intersubjetivo y sobre la relación entre las narrativas y los procesos sociales. Tampoco ayuda a la comprensión de la forma como los grupos humanos seleccionan de manera especial ciertos motivos emblemáticos y se apropian de ellos para convertirlos en distintivos frente a otros, aún en contextos de multiplicación y fragmentación de las identidades personales y colectivas. Por otro lado, las prácticas discursivas institucionales o las dominantes en la sociedad, se confrontan con otras narrativas, fantasías, cargas afectivas y construcciones metafóricas para formar un universo cultural que modela las prácticas sociales y recrea de nuevo los diferentes discursos⁴.

Los símbolos de identificación, de exclusión y de inclusión, las etiquetas simbólicas ligadas a la gente, siguen

² Roberto DaMatta, "Os discursos da violencia no Brasil", en *Conta de mentiroso. Sete ensaios de antropologia brasileira*, Ed. Rocco, Rio de Janeiro, 1993, p.175-197.

³ Scott Lash y Jonathan Friedman, "Introduction", en Scott Lash y Jonathan Friedman (comp.), *Modernity and Identity*, Blackwell Publishers, Oxford-Cambridge, 1992.

⁴ Begoña Aretxaga, *Confessional Narratives and the Genre of State Violence in Post-Franco Spain*, Seminario Violencia en las sociedades modernas, Instituto Colombiano de Antropología, Bogotá, documento de trabajo inédito, 1997.

siendo la substancia cultural con la cual el modelo del mundo se crea⁵. Pero, "la identidad es una categoría dinámica, un proceso de identificación más que un estado" en el cual "la construcción de modelos de identificación toma la forma de una acción simbólica", "con capacidad para ordenar, estimular y dirigir las acciones sociales"⁶. Por otro lado, la relación entre la acción social y sus modelos simbólicos no es evidente ni transparente, de manera que experiencia y valoración de la experiencia se articulan de manera peculiar y enmarañada. En la misma acción violenta, como en otros campos críticos de la interacción social, como lo subrayó Obeseyere⁷, los actores sociales se mueven en un campo con alta carga simbólica de fantasías e interpretaciones personales que la hacen compleja.

La ambigüedad intrínseca de la materia simbólica con la cual se construyen las interacciones sociales lleva a dar preponderancia analítica a sus aspectos contextuales, objetivables, y a su puesta en escena en situaciones de interacción. Se suelen privilegiar los juicios cognitivos frente a otras formas de juicio (estéticos y morales) y frente a la percepción⁸. Son menos aprehensibles los sistemas de aprendizaje y los tejidos culturales estructurantes que son actualizados y toman una expresión concreta en las situaciones específicas⁹.

Por otro lado, las discusiones sobre los puntos de vista constructivistas acerca de la acción social han señalado ya las simplificaciones a que éstos pueden dar lugar. I. Hacking ha señalado la confusión entre la referencia a procesos sociales o a los sistemas de ideas de referencia sobre ellos, lo que puede resolverse con afirmaciones triviales sobre la historicidad de los procesos sociales y la influencia de las disposiciones culturales¹⁰. La fuerza de los enfoques constructivistas cuya piedra angular es la demolición de la universalidad y de la base natural de los fenómenos sociales, ha traído también una frecuente sobre-simplificación de la relación entre la acción social, los procesos reflexivos y la interpretación de la acción misma. Es por ello importante que frente a la violencia, como una forma particular de relación, se vaya más allá de la mera afirmación de su construcción cultural e histórica.

La violencia puede entenderse como una interacción entre personas y grupos en la cual ocurre una transacción específica entre el individuo y su ambiente; no es una característica intrínseca de las personas ni del grupo social. Este enfoque permite enfatizar en el análisis, no simplemente las conductas violentas o los acontecimientos de violencia, sino lo que sucede entre las personas en las interacciones violentas y cómo se integra en un modelo cognoscitivo y

⁽⁵⁾ Zdzislaw Mach, *Symbols, Conflict, and Identity*, State University of New York Press, New York, 1995; ver discusiones en compilación de Lash y Friedman, *op. cit.*

⁽⁶⁾ Mach, *op. cit.* p. 30-39.

⁽⁷⁾ Gananath Obeseyere, "British Cannibals": *Contemplation of an event in the Death and Resurrection of James Cook, Explorer*, en *Critical Inquiry*, N.18, Summer, 1992, p. 630-654.

⁽⁸⁾ Lash y Friedman, *op. cit.*

⁽⁹⁾ Ver G. Bateson en relación con las categorías lógicas y el aprendizaje en Gregory Bateson, *Pasos Hacia una Ecología de la Mente: Una Aproximación Revolucionaria a la Autocomprensión del Hombre*. Planeta, Buenos Aires, [1964] 1991.

⁽¹⁰⁾ Ian Hacking, "Taking Bad Arguments Seriously", en *London Review of Books*, vol. 19, N.16, August, 1997, p.14-16.

emocional¹¹. Este enfoque permite también aproximarse a las formas de clasificación social, tácitas o explícitas, especialmente porque las clasificaciones interactúan con los sujetos que clasifican y modelan y cambian la forma en la cual los individuos se experimentan a sí mismos. Configuran y alteran su comportamiento y lo inducen a aceptar o bien a escapar de la clasificación. Importan, entonces, las conductas, las experiencias que cobija la acción, tanto como la conciencia y la autoconciencia de las mismas¹².

Ahora bien, aquí interesa examinar la relación entre las clasificaciones identitarias, las experiencias de violencia y el aprendizaje de guías psicocognitivas para la interacción social. También interesa cómo estas guías compiten y difieren en distintos grupos sociales dentro del ámbito nacional, sin entrar a debatir si apuntan a mayor cosmopolitismo o por el contrario, a la diferenciación, la fragmentación y el localismo. Así mismo, cómo algunas guías se integran en categorías y modelos amplios de comprensión y clasificación de la vida social, mientras otras hacen parte de imágenes diferenciadas y opuestas. Para la discusión contrastaré nociones y narraciones sobre violencia que afloran en los medios de comunicación y en las discusiones académicas

colombianas, frente a las elaboradas por personas de menores ingresos de la ciudad de Bogotá y los puntos de encuentro entre ellas.

EL PRIMER PLANO:

LA REITERACIÓN DEL HORROR

Examinar la prensa nacional, los mensajes televisivos y radiales en relación con la transmisión de hechos de violencia, resulta un ejercicio bastante tedioso. Es tedioso por lo simple y repetitivo del mensaje. En efecto, la reiteración es cotidiana: somos "insensibles", nos "acostumbramos" a la violencia; es "nuestra forma natural de convivencia"; tenemos "una cultura de la violencia"; no "hacemos nada" para enfrentar la violencia; "la muerte se rutiniza"; "Un siglo de odio".

"Los colombianos [somos] lúcidos, ingeniosos, brillantes, pero más bien duros de corazón, (...) no parecen conmovernos las masacres en nuestro propio suelo; (...) esa guerra sórdida de secuestros y minas traicioneras que arrecia allá lejos en aldeas y campos es el reflejo monstruoso de otra guerra que vive en nuestros corazones (...); el peor enemigo de un colombiano es otro colombiano".

En conclusión, "somos el pueblo más violento del mundo"¹³.

La reiteración se confirma con estadísticas diversas¹⁴ o con los detalles escabrosos de los acontecimientos

¹¹¹ Como en el texto anterior, esta afirmación se inspira en el aspecto comunicativo y relacional de las conductas humanas que pone de manifiesto G. Bateson, *op. cit.*

¹¹² Hacking, *op. cit.*, p.15

¹¹³ Citas de diversos artículos publicados en los diarios *El Tiempo*, *El Espectador* y las revistas *Cambio 16*, *Semana* y en opúsculos de invitación a seminarios académicos sobre el tema de la violencia. Adicionalmente, este aparte se basa en anotaciones recientes sobre noticieros y entrevistas de radio y televisión.

¹¹⁴ El apoyo fáctico de la exaltación intelectual de la violencia está en la magnitud de la misma en Colombia. En 1996 las cifras oficiales registraron 26.642 homicidios, para una tasa global de 67 homicidios por cada 100.000 habitantes, sobre una población total de 39,5 millones de habitantes. Los homicidios en Bogotá, en ese mismo año, llegaron a 3.500, excluyendo los accidentes de tránsito, con una tasa de 61\100.000 habitantes y una población de 5,7 millones de habitantes. (Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses y Policía Nacional, 1997).

diarios que, en efecto, son muy numerosos. Pero lo más llamativo es que detalles terribles de algún acontecimiento de violencia familiar se ligan de manera inmediata con las otras formas de violencia, guerrillera, paramilitar o delincencial, para resaltar la unidad de las violencias, la malevolencia colombiana y una línea interminable de violencias históricas. Casi no pasa un día sin que algún columnista destacado demuestre, dando ágiles saltos de siglos, que la historia colombiana es una repetición interminable de violencias. Ese ejercicio de entresacado histórico desdeña y ataca como una traición todo intento de mayor contextualización histórica y sociológica. El horror no se oculta como una vergüenza nacional, narrada en voz baja y en pequeño círculo, sino que alimenta la idea de una identidad nacional perversa. Por ello se lo exhibe, se lo demuestra y saborea a diario. Las imágenes de las masacres, los ataques y las crueldades replicadas por la televisión, sobrepasan la efectividad de las palabras. El

primer plano del discurso es, pues, la reiteración del horror.

Muy entusiastas, y en buena parte generadores de esa reiteración del horror y de atribuir la violencia a un rasgo de la identidad colectiva, los intelectuales¹⁵ se encargan de precisar fechas, enumerar las guerras civiles y recontar los muertos. Algunos añaden la masacre de los pueblos prehispánicos, otros a los campesinos expropiados, unos más insisten en el sinnúmero de atropellos y exclusiones contra las capas más pobres de la población, y todos terminan en el continuo hilo fatal de nuestra historia. Es decir, el horror lleva de su mano la fascinación¹⁶. Fascinación por un ser monstruoso, encarnado, personificado, agente activo de la vida social, sello distintivo de la colombianidad.

No pretendo desestimar la importancia fáctica de los fenómenos contemporáneos de violencia en Colombia, su diversidad y el inquietante colapso de las formas sociales de contención de los grupos violentos. Pero sí resulta llamativa la exhibición

⁽¹⁵⁾ Por supuesto, no todos los intelectuales se hacen eco de esta configuración, pero quienes la debaten de manera crítica son abierta minoría. Entre los estudios que plantean otra perspectiva ver Malcom Deas y Fernando Gaitán, *Dos Ensayos Sobre la Violencia en Colombia*. Fondo Financiero de Proyectos de Desarrollo, Departamento Nacional de Planeación, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1995; Carlos Miguel Ortiz, "Los Estudios Sobre la Violencia en las Tres Últimas Décadas", en *Boletín Socioeconómico*, No. 24-25, Centro de Investigación y Documentación Socioeconómica -CIDSE-, Universidad del Valle, Cali, Agosto-Diciembre, 1992, p. 45-76. Fernando Cubides, Ana Cecilia Olaya y Carlos Miguel Ortiz, *Tendencias del Desarrollo Municipal y Violencia en Colombia 1985-1993*, Universidad Nacional de Colombia, CES, Bogotá, 1995, inédito; para enfoques poco usuales sobre cultura y violencia ver Jaime Arocha, *La Violencia en el Quindío*, Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1979; y María Cristina Rojas de Ferro, "Civilización y violencia. La lucha por la representación en el siglo XIX en Colombia", Ponencia en el Seminario del Programa Internacional Interdisciplinario de Estudios Culturales de América Latina, Bogotá, julio 1997.

⁽¹⁶⁾ Al respecto de fascinación sobre muerte, sexo y violencia en la cultura japonesa ver Moeran, B. en David Riches (coord.) *El Fenómeno de la Violencia*, Ediciones Pirámide, Madrid, 1988. Sobre la fascinación por la violencia y la corrida de toros en España, Marvin, G., en esa misma compilación. "En muchas sociedades", dice Marvin, "la violencia y los acontecimientos violentos resultan fascinantes; atraen y repugnan, y tienden a producir fuertes respuestas emocionales en aquellos que los presencian", Marvin en Riches, *op. cit.*, p. 167.

pública, la fascinación relativamente impúdica y, sobre todo, los efectos que tiene esa exhibición sobre el pensamiento y la acción social. Sus efectos obedecen justamente al mencionado vínculo interactivo entre los modelos clasificatorios (la acción social como ideas socialmente construidas) y la acción social misma¹⁷. Ambos se moldean y se transforman recíprocamente y ese vínculo es el que permite una intencionalidad transformadora¹⁸. El efecto más llamativo de la fascinación por el horror es comprender la violencia como un ente sin sujeto social, intrínseco a la condición de la colombianidad. Los sujetos sociales y sus acciones quedan así enmascarados en la malignidad nacional. La violencia pierde sustancia y enraizamiento en condiciones sociales y culturales específicas, se convierte en una emanación oscura, enfermiza y omnipresente.

De manera simultánea, se resaltan los determinantes estructurales del conflicto, mientras, como lo ha señalado J. Arocha¹⁹, se desestiman los procesos agenciales, los aspectos de comunicación humana y la diversidad de prácticas culturales que abren las posibilidades de resolución no violenta del conflicto. Arocha ha insistido en que por “las decenas de

homicidios diarios no [les] fácil que los medios de comunicación académica y de comunicación de masas permitan que se forme una opinión pública sobre sucesos alternativos”; por ello, “la prensa y los órganos académicos tienden a referirse tan sólo a las dimensiones políticas y negociables²⁰.”

De manera paradójica, para los intelectuales radicales, quienes han reiterado el origen histórico de la violencia en las variadas formas de injusticia social, el modelo para la acción que se desprende de la fascinación y la reiteración del horror es derrotista e inmovilizante. Habría que cambiarlo todo para controlar la violencia. Inclusive los actores violentos, los delincuentes o aquellos con motivaciones políticas o de lucro personal, no son responsables de sus actos. Son apenas producto de un orden injusto o de profundas “pulsiones”. La violencia es pues nuestro castigo merecido como nación y un rasgo intrínseco de nuestra conformación desequilibrada²¹. La vecindad entre esta visión radical-pesimista de la sociedad y las visiones conservadoras, igualmente pesimistas²², es muy grande, y ambas tienen como efecto inhibir la búsqueda de respuestas colectivas frente los actores violentos y subestimar la participación ciudadana.

⁽¹⁷⁾ Hacking, *op. cit.*

⁽¹⁸⁾ *Ibid.*

⁽¹⁹⁾ Jaime Arocha, “Observatorio de convivencia étnica en Colombia”. Programa de investigación para el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, documento de trabajo inédito, 1991.

⁽²⁰⁾ En Colombia existen Consejerías Presidenciales para los Derechos Humanos y la Paz.

⁽²¹⁾ Estas afirmaciones se encuentran en cualquier examen de la mayoría de la literatura académica sobre el tema, como lo ha demostrado C. M. Ortiz, *op. cit.*, 1992; igualmente en la revisión del tratamiento periodístico del tema de la violencia y el de los columnistas más destacados de los principales medios de comunicación del país, entre los cuales se cuentan políticos, intelectuales y periodistas profesionales.

⁽²²⁾ Keith Nelson y Spencer Olin en *Why War? Ideology, Theory, and History*, Los Angeles University of California Press, Berkeley, 1979, realizaron un análisis pormenorizado sobre la relación entre ideologías y teorías, liberales, conservadoras y radicales, respecto a la violencia.

Una alternativa para comprender la importancia social de la pareja horror y fascinación es considerarla como una manera de adaptación social a condiciones cotidianas de alta incidencia de formas de violencia en la sociedad. Así, la reiteración delimita, subraya y hace excepcional el acto violento, pero al mismo tiempo lo naturaliza y lo domestica. Si bien en apariencia se da allí un movimiento contradictorio, no sólo existe una sutil separación entre estos aspectos, sino un vínculo interactivo. Pueden considerarse ambos como recursos psicológicos que apuntan a sobrepasar el efecto traumático de la violencia y permiten su asimilación como experiencia. En ese sentido, comunican la idea de continuar la vida diaria, de proseguir y reconstruir el sentido de continuidad social.

Otro aspecto de la sutil separación entre domesticación y excepcionalidad de la violencia es la oscilación de ciertos personajes entre héroes y bandidos, muy frecuente entre las capas populares en Latinoamérica. Lo muestra bien el trabajo de Maria Isaura Pereira de Queiroz²⁵ sobre los bandidos nordestinos de mitad de siglo en Brasil²⁴. Fernando Cubides en la reseña sobre las memorias de Dariel Alarcón Ramírez, guerrillero de la revolución cubana y sobreviviente de la incursión del Che Guevara en Bolivia, entre otras actividades insurgentes, resalta la "fluída transición, la

básica continuidad (...) entre el cazador furtivo, el contrabandista y el guerrillero", que ya había llamado la atención de la literatura de Pérez Galdós y de Miguel de Unamuno²⁵. La ambigüedad de ese límite no es, sin embargo, patrimonio exclusivo de las viejas sociedades rurales. Se encuentra, por ejemplo, en el manejo por la prensa española de ciertos hechos recientes de violencia en ese país²⁶.

Finalmente, la domesticación del acto violento también comunica miedo y desconfianza frente a las interacciones sociales, lo que es muy notorio en Colombia. El miedo y la desconfianza sobrepasan el posible efecto adaptativo del horror y la fascinación, pues deterioran la calidad de la convivencia y la confianza básica de las personas en su entorno. Pero, ¿piensan de igual manera los sectores de menores ingresos sobre la violencia como experiencia y sobre su relación con la identidad nacional?

EL SEGUNDO PLANO: LA INTERPRETACIÓN DE LAS EXPERIENCIAS PERSONALES

Para este segundo plano acudiré a la investigación realizada entre 1993 y 1995 por un grupo interdisciplinario sobre experiencias de violencia entre sectores urbanos de menores ingresos²⁷ de la ciudad de Bogotá.

El trabajo se dirigió a las memorias sobre experiencias de violencia de las

⁽²⁵⁾ Maria Isaura Pereira de Queiroz, *Os canageiros. La epopeya bandolera del nordeste de Brasil*, Ancora Editores, Bogotá, 1992.

⁽²⁴⁾ La imagen popular de ciertos narcotraficantes en Colombia es un ejemplo similar de tratamiento héroe/bandido. (28) La indagación tomó como población a las personas mayores de 14 años.

⁽²⁵⁾ Fernando Cubides, "Sobreviviente" a propósito de *Memorias de un soldado cubano. "Benigno"*, Dariel Alarcón Ramírez, Bogotá, en prensa, p. 2.

⁽²⁶⁾ Aretxaga, *op. cit.*

⁽²⁷⁾ Publicada en el libro de M. Jimeno, I. Roldán y otros, con el título, *Las Sombras arbitrarias. Violencia y autoridad en Colombia*, Editorial Universidad Nacional, Bogotá, 1996.

personas, partiendo de que existen diferencias entre los sucesos acaecidos, la interpretación de los mismos y su transformación posterior en narrativas personales. A partir de éstas se trató de llegar a los marcos culturales y psicológicos que organizan las experiencias y los referentes interpretativos mediante los cuales las hacen comprensibles y las convierten en guías para la acción. En este texto enfocaré primero los resultados sobre las experiencias de violencia y luego su relación con las atribuciones de identidad.

Desde el punto de vista técnico, el estudio aunó medios estadísticos para la selección y tratamiento de la información con miras a obtener un referente estadístico controlado, con la interpretación de las narrativas personales. La mayoría de los entrevistados (264 en total) fueron mujeres, principalmente inmigrantes a Bogotá con más de cinco años de residencia en ella y un tercio estuvo entre treinta y cincuenta años²⁸. La educación primaria y la media inconclusa fueron las más frecuentes. En cuanto al estado civil, predominó el casado. Una elevada movilidad residencial y la manifiesta debilidad de vínculos y actividades de vecindario, barrio o paisanaje, están unidas a una deliberada y expresa evitación de las relaciones estrechas con los vecinos, lo que al parecer es una característica bastante extendida en el país según diversos estudios.

Poco menos de la mitad de las personas narró maltratos en su hogar durante la niñez, un 13% del total con castigos brutales. De estos últimos, la mayoría correspondió a quienes tenían más de 50 años. Los niños (de ambos sexos) son sin duda los blan-

cos predilectos de la violencia cotidiana hogareña. ¿A qué elementos recurren las personas para explicar sus experiencias de violencia? En primer lugar, las experiencias son identificadas de manera clara por quienes las han sufrido. De ninguna manera las interacciones violentas son "normales" o inapreciables para ellos. Los mayores de 50 años insistieron en la noción de violencia como correspondiente a la agresión grave, física o psicológica, mientras el componente llamado "psicológico" se enfatizó en los más jóvenes. Las personas diferenciaron entre las nociones de violencia y maltrato basados en una línea sutil sobre la valoración de la intensidad de los hechos. El "maltrato" suele aplicarse más a las experiencias en el hogar, mientras el término violencia, a lo que ocurre en la calle o en la sociedad colombiana.

Las experiencias de violencia en el seno de la familia son explicadas a la luz de un conjunto de representaciones para las cuales es central el propósito del maltratador de prevenir comportamientos indeseables, la noción popular de "corregir". La "corrección" sería el propósito último del progenitor. Esta noción mitiga y protege al maltratado del dolor emocional y permite la exculpación de la agresión de manera bastante efectiva. Pero si bien la intención correctiva explica en últimas el uso de la violencia contra los hijos y la cónyuge, no llega a ocultar su huella como experiencia dolorosa. Tampoco excluye el uso preventivo de la corrección, antes de que ocurra un comportamiento sancionable. Por ello, al indagar por la causa circunstancial del maltrato, muchas personas respondieron, confusas, que no reconocían motivación

⁽²⁸⁾ La indagación tomó como población a las personas mayores de 14 años.

conductual clara y el maltrato ocurría "sin motivo" alguno.

El propósito correctivo tampoco protege de los "excesos", ni los hace moralmente legítimos. Más bien obliga, tanto al maltratado como al maltratador, a buscar razones del "exceso". Un conjunto de personas lo atribuye a condiciones personales del agresor: la pobreza o el desempleo. Pero atributos personales y de condición se encuentran estructurados por la búsqueda paterna de un fin último corrector. Esto explica la razón por la cual un grupo importante calificó como afectuosa la relación con el progenitor maltratante pese al maltrato sufrido (44%), a menudo ilustrado con narraciones emotivas sobre el dolor que ocasionaron las acciones violentas. En ese sentido, el uso de la violencia en el hogar, si bien aparece ligada a particularidades personales o de condición, sobrepasa lo intrínseco a ellas para convertirse en una aplicación con fines instrumentales. La ausencia de la mediación del fin correctivo paterno parece explicar que el pequeño número de personas que atribuyó el maltrato a "maldad" u "odio" del padre o la madre no puede "perdonar" la falta y calificaron como "hostil" la relación con el maltratador (11%).

La finalidad última de la corrección a los ojos de este sector social es cumplir adecuadamente el rol social esperado: corregir lo indeseable y alcanzar el respeto como autoridad en la familia. El "respeto" es así pareja de la corrección. El respeto se sustenta en la capacidad del progenitor de ser acatado, sin discusión, por los miembros de la familia que se suponen bajo su responsabilidad. Es respetado quien mantiene la dirección de la familia y no permite que ésta "se salga de control". Desde el punto de vista del recuento de las experiencias, es evidente la importancia cuantitativa de los casos en los cuales es

justamente lo que tiene que ver con el control de los miembros de la familia lo que desencadena el maltrato. Alrededor del uso del tiempo, del cumplimiento estricto de órdenes, a menudo excesivas o absurdas, del control de las amistades, del sexo, se agrupan las interacciones violentas. El respeto inhibe las respuestas del agredido y le traza sus límites. No es sólo en razón de las condiciones de dependencia afectiva o económica por lo que las personas soportaron un maltrato reiterado. Estas condiciones adquieren significación y valor operativo por medio del "respeto" de los hijos a los padres y de la mujer al cónyuge varón. Este código cultural pone en marcha significaciones emocionales esencialmente ambivalentes, amor, rabia y miedo simultáneamente, como guías de los futuros comportamientos. El respeto guía no sólo la conducta sumisa frente a las violencias parentales o conyugales, sino que forja la idea de la autoridad como impredecible, al borde del exceso hasta llegar a la crueldad. Por respeto y en aras de la corrección, la autoridad despótica en la casa se acepta como un mal inevitable, por amor y sobre todo, por miedo.

El estudio encontró una asociación estadística entre el hecho de haber sido maltratado en el hogar de origen y calificarse a sí mismo como nervioso y triste. Se observó también una asociación significativa entre la descripción sobre el estado de ánimo, admitir la necesidad de recurrir al maltrato en el hogar actual y el haber sido maltratado en el hogar de origen. En forma similar, la dificultad para controlarse cuando se está enojado, fue altamente dependiente de la frecuencia con la cual se maltrata en el hogar actual y de haber sufrido maltrato en la infancia.

Pero las implicaciones emocionales del maltrato no se detienen en la vida privada, sino que impregnan la com-

preensión de la relación con otros y de la vida en común. La idea de corrección permite comprender el ejercicio de la violencia en aras de un fin último educativo, mientras la idea de respeto remite a la autoridad como algo indiscutible, que se vive con fatalismo y puede ser ejercida de manera arbitraria. De esta manera, se aprende que la autoridad se ejerce en una relación opaca, no evidente, entre castigo y transgresiones.

El respeto pone en marcha también los mecanismos de la huída, la evasión y el recelo²⁹. De allí que, pese al deseo expreso de las personas del estudio por manifestar solidaridad ante hechos de violencia contra terceros, ellos mismos trataron de ignorarlos o de aguardar pasivamente, con la esperanza de no ser atacados. No es de extrañar que casi el 70% manifestó eludir las relaciones con los vecinos, pues suponen que el origen de los conflictos violentos es personal, proviene de los rasgos personales de atacante y atacado, y del tipo de relación personal que se tenga con otros, de manera que una estrategia de prevención es evitar al máximo el contacto con otros. El "encierro" sobre el grupo doméstico es un mecanismo de protección frente a potenciales conflictos, pues "hay que evitar meterse en problemas". Las personas afirmaron que no sienten respaldo o protección en las autoridades frente a las consecuencias violentas de un conflicto interpersonal. Inclusive ejemplificaron cómo la autoridad (juez, policía)

puede asociarse con la contraparte (aún con delincuentes), por un pago o por influencias personales.

En últimas, este sistema interpretativo otorga a la violencia que les parece significativa un origen en confrontaciones interpersonales. En contraste, la violencia instrumental, impersonal, si bien los azota, pues casi el 70% de las personas habían sido robados en más de una ocasión y un 45% fueron atracados, no les parece tan importante, no les causa tan profunda impresión. Les había causado mayor impresión ver en la televisión actos de violencia como las bombas colocadas por el narcotráfico en sitios públicos, las heridas por las minas quiebrapata a niños, los ataques guerrilleros o los de paramilitares, todos ellos con víctimas con rostro, personalizables. La violencia emocional, la que tiene su origen en confrontaciones entre personas, les conmueve profundamente. La violencia que ocurre en Colombia no les es indiferente ni están "habituados" a ella³⁰. Más bien piensan que detrás de los actos importantes de violencia, por ejemplo, los magnicidios, se esconde un conflicto personal: "por algo sería..".

Atacar "inocentes" es por ello tan escandaloso para las personas, pues la acción violenta se descubre de su enmascaramiento benéfico-correctivo o de otra clase de motivos personales. Además, los actos de violencia contra "inocentes" remiten a una condición perturbadora de la violencia, su relati-

⁽²⁹⁾ El 65% de las personas se calificó a sí misma como desconfiada; de manera simultánea, el 90% se consideró valioso. La mayoría confía en el barrio donde vive, si bien elude el contacto con los vecinos.

⁽³⁰⁾ El 17% de las personas destacó como los hechos de violencia de mayor impresión, algunos vistos por la televisión entre los cuales sobresalieron el ataque en 1985 al Palacio de Justicia y los magnicidios, las masacres y las bombas en sitios públicos ocurridos principalmente entre 1988 y 1992.

va impredecibilidad, su carácter de desgracia, para retomar las palabras de DaMatta³¹. La violencia puede entonces romper sus anclajes personales y tomar rumbos imprevistos que son una amenaza para cualquiera. En forma similar a lo que señala DaMatta para el Brasil, también en este nivel de percepción las personas resaltaron el plano personal: la desgracia "puede acontecerme". Esto contrasta con el discurso de los medios y el erudito, que siempre acentúan lo universal, lo impersonal y lo abstracto³².

VIOLENCIA E IDENTIDAD

Entre las personas del sector social de menores ingresos la incidencia elevada de hechos de violencia contra las personas no se asocia a una "manera de ser" del colombiano, a su identidad colectiva. Se vincula, por un lado, con ese potencial impredecible de la violencia y por otro, con la precariedad y ausencia de mediaciones en la confrontación entre individuos como refiere DaMatta para Brasil. Por supuesto, el uno aumenta el potencial activo de la otra. Esto ayuda a comprender el número sorprendente de personas (cerca de la mitad) que manifestaron su confianza en Colombia, mencionaron sus cualidades y ventajas, y no la consideraron especialmente peligrosa. No obstante, las personas sienten miedo de ser alcanzadas por la violencia y se perciben inermes frente a ella. Pese a la frecuencia de hechos de violencia delincuencial, sólo el 23% acudió a alguna autoridad en estos

casos. El 28% había demandado judicialmente a alguien, de quienes la mitad quedó insatisfecha con los resultados. El 85% dijo no confiar en la justicia ni en la policía. Así, parece crítico para la percepción de la violencia en la sociedad el que las autoridades, lejos de contener a los violentos, son incapaces, los toleran o incluso se sirven de ellos para sacar provecho. Existe, pues, una profunda desconfianza en la capacidad institucional para resolver conflictos y sujetar a los actores violentos.

La desconfianza se resuelve haciendo del miedo y la evitación un recurso que a su vez tiene efectos sobre la participación ciudadana. Profundiza la prevención frente a los mecanismos impersonales de mediación y la desconfianza sobre las garantías que la sociedad ofrece para la seguridad de las personas. La imagen misma de la sociedad se ve impregnada de miedo e impredecibilidad. El ambiente social no es fiable³³. Podría catalogarse esa alimentación recíproca entre experiencias personales y percepción de la sociedad como una relación del tipo que G. Bateson llamó sistemas esquismogénicos, en los cuales se producen secuencias acumulativas de interacción, "círculos regenerativos o viciosos", alimentados por la cultura y el sistema de relaciones entre las personas³⁴. La eficacia de la interacción acumulativa, así como la de las relaciones que por el contrario, la desactivan y actúan como elementos de catarsis, reside en que descansan en patrones aprendidos tempranamente. Esas interacciones

⁽³¹⁾ DaMatta, *op. cit.*

⁽³²⁾ *Ibid.*, p. 182

⁽³³⁾ Ver al respecto Anthony Giddens, *Consecuencias de la Modernidad*. Alianza Universidad, Madrid, 1994.

⁽³⁴⁾ Bateson, *op. cit.*, p. 134-153.

como aprendizajes, tienden a conformar patrones estables de orientación conductual y perceptiva, núcleos de significación para interpretar el mundo. Tales patrones integran las experiencias propias de violencia familiar con las que ocurren en la sociedad en general y con los núcleos interpretativos. De esta manera, el conjunto rabia\amor\miedo presente en las ideas de corrección y respeto orienta la comprensión de las relaciones sociales más amplias y no se restringe al ámbito familiar. Semejante generalización ocurre principalmente reforzada por la experimentación de un ambiente de riesgo dada la precariedad de la acción institucional y de los mecanismos impersonales de control social. La noción más incluyente que se forja en esa clase de experiencias es la de la autoridad como arbitraria y es ese el aprendizaje central en las interacciones violentas, sean éstas experiencias personales o aquellas sobre las que se tiene conocimiento.

La importancia y extensión de la noción de la autoridad como arbitraria cubre vastos sectores populares. Las personas no encuentran reglas sociales claras y quienes abocan hechos de violencia no saben si van a encontrar protección, desconocimiento, o la propia autoridad (gobierno, policía, jueces) se volverá en contra de ellos. Las acciones de la autoridad dependen de las circunstancias y de la calidad de los actores involucrados. También la autoridad, como la violencia, depende para su ejercicio de cualidades y posiciones personales. Quienes tienen una posición social más alta pueden manipular a su favor

la autoridad, que es circunstancial, maleable, personificable. Si por el contrario, se ocupa una posición baja en la jerarquía socioeconómica, se es fértil para acciones y reacciones violentas y también para que el miedo y la pasividad se vuelvan mecanismos esenciales en la adaptación al entorno. La anticipación violenta puede ser un recurso en ambientes de riesgo, una opción en la solución de los conflictos sociales y un medio para reafirmarse como persona social. La pasividad, por el contrario, intenta eludir el ser blanco de la violencia. En ambas opciones, las personas son muy susceptibles y se sienten amenazadas por pequeñas lesiones o pérdidas de autoimagen en las interacciones sociales, especialmente en las situaciones que afectan el control social³⁵. Las personas se sienten vulnerables al desconocimiento de la sociedad y de su propio grupo doméstico. Frente al desconocimiento, la pasividad y el empleo de la violencia son alternativas no excluyentes de autoafirmación y de solución de conflictos.

Sin embargo, a diferencia del discurso erudito, la violencia no hace parte de las etiquetas con las cuales demarcan la identidad colectiva los sectores populares urbanos. Pertenece a la esfera oscura y relativamente impredecible de qué esperar de los otros y cómo encararlos.

**COMENTARIOS FINALES:
VIOLENCIA E IMÁGENES CONTRASTADAS
DE IDENTIDAD NACIONAL**

Distintos hechos de violencia atraviesan la sociedad colombiana en los

⁽³⁵⁾ Ver John J. Gibbs, "Situational Correlates of Agression", en Anne Campbell y John Gibbs (eds.), *Violent Transactions: The Limits of Personality*. Basil Blackwell Ltda., Oxford, 1986.

últimos años en Colombia³⁶ y como tal es continuamente interpretada, expresada y diseccionada. Su interpretación, no obstante, no es uniforme en la sociedad colombiana. Mientras algunos sectores de las capas más letradas la elevan a rasgo de identidad nacional, otros, como los sectores populares urbanos, la consideran principalmente como el producto de confrontaciones de orden personal con agentes violentos. Estos agentes deben ser enfrentados por cada persona con sus propios recursos de contención del conflicto, con débil o arbitrario papel institucional. Más aún, el derrotero impredecible de la violencia se aumenta de manera dramática por la ausencia de mediaciones institucionales.

En un primer plano, las imágenes que más circulan y se imponen en la sociedad colombiana asignan la violencia al campo de los atributos del "ser" colombiano, actual o histórico. Estas imágenes tienen efectos sobre el comportamiento personal y en especial sobre la desconfianza en la participación social, terreno en el cual se encuentran, pese a llegar por otro caminos, con los sectores populares. Las imágenes del primer plano apuntan a diluir la especificidad de las formas de acción violenta, que se pierde en aras de la violencia global, indife-

renciada, difícil si no imposible de combatir. Como imagen de la sociedad, su efecto político es una desculpabilización de los violentos, que son vistos como producto de fuerzas que los sobrepasan y los mueven. En su versión más radical, la malignidad del ser colombiano no es existencial sino histórica, lo que permite defender más abiertamente a los violentos como grandes víctimas de una sociedad injusta. La violencia puede reducirse al curso torcido de la historia y la historia se reduce a episodios de violencia debidos a patologías de la mentalidad colectiva y de la formación de la identidad nacional. También puede reducirse a pulsiones o instintos.

Se le otorga predominio a una interpretación política de la violencia que acude "siempre a los brazos del Estado", entendido como una "realidad indiscutible y hasta cierto punto independiente de los procesos sociales y políticos básicos" y como responsable "por nuestra felicidad y miseria"³⁷. Este énfasis olvida las relaciones entre las formas de violencia y las formas particulares de ejercicio del poder; entre el dominio público y el privado; confunde poder con poderío en el sentido de H. Arendt³⁸ y silencia el vínculo entre aprendizajes culturales específicos y recursos violentos. La

⁽³⁶⁾ Los estudios muestran que lejos de una curva uniforme de homicidios a lo largo del siglo, el país presenta un ascenso abrupto a partir de los primeros años de la década del ochenta. Igual ascenso se verifica si se miran delitos como secuestro, terrorismo, hurto de automotores, atraco a bancos y la violencia guerrillera. Ver Mauricio Rubio, *Homicidios, justicia, mafias y capital social. Otro ensayo sobre la violencia colombiana*. Documento CEDE 96-06, Universidad de los Andes, Bogotá, 1996; Gaitán, en Deas y Gaitán, *op. cit.*; Cubides, Ortiz y Olaya, *op.cit.*; Departamento Nacional de Planeación, *Justicia para la gente: plan de desarrollo para la justicia, 1994-1998*. Documento CONPES 2744, Bogotá, 1994.

⁽³⁷⁾ DaMatta, *op. cit.*, p. 180

⁽³⁸⁾ Hannah Arendt, *On Violence*, A. Harvest/HBJ Book, San Diego-New York, 1970, propone que el poder es la capacidad humana de actuar de común acuerdo, para lo cual delega en personas la puesta en marcha de la acción común, mientras el poderío es una característica personal, y depende del sustento de la fuerza; como tal no es perdurable y es siempre precario.

cultura, entonces, no es construcción sino esencia.

Para el sector popular, en cambio, el "ser" colombiano no es más violento que otros; pese a que hay personas y grupos muy violentos, no es característica común. Aún quienes piensan que Colombia es peligrosa por la violencia, no creen que esto sea especialmente colombiano y creen que la violencia es de "todas partes". Suponen que casi siempre detrás de un hecho violento existe un vínculo personal entre los actores y quizás alguno ha infringido reglas de las interacciones: "le debe algo a alguien". Para ellos en la acción violenta entran en juego las calidades morales de las personas; pero estas calidades no son entendidas como atributos de la identidad colectiva, sino que obedecen a idiosincrasias personales (persona malvada, envidiosa, nerviosa, irascible) o a condiciones y situaciones (persona ignorante, pobre, enferma, desempleada, sufrió una ofensa). Desde su punto de vista, la búsqueda de la corrección y de respeto a la autoridad orientan la acción doméstica violenta, mientras la precariedad y manipulación de la autoridad explican la proliferación de actores violentos en la sociedad. Distinguen entre la violencia instrumental, delincuencial, y la violencia emocional, proveniente de relaciones interpersonales, que es considerada la más significativa. Igualmente distinguen entre la ocurrencia de violencia en la sociedad colombiana actual y el llevarla al plano de los atributos de identidad.

Por otra parte, en la forma de pensar de los sectores populares urbanos

se revela una relación crítica entre la violencia y la llamada por DaMatta "acción sin rodeos", que conduce a una confrontación directa entre las personas, sin intermediarios³⁹. La acción violenta rompe con las mediaciones de la ley, con las inhibiciones morales y de la costumbre, y se sustenta en la fuerza, quebrando otros ejes organizativos⁴⁰. La fuerza, sin embargo, de manera contradictoria dada la abierta convicción sobre la inmoralidad de su uso, permite la reafirmación de la persona dentro del medio social e inclusive contribuye al éxito social. Ocurre, así, que algunos actores violentos se vuelvan héroes de la antiautoridad mediante el vehículo de la fuerza. Se asimilan cognitivamente el empleo ambivalente de la fuerza en la familia en aras de mantener el rol parental y el empleo de la violencia para atacar una autoridad injusta o corrupta. En forma contradictoria, esto redundaría en la ganancia de respeto y de reconocimiento personal para quien así procede.

Entre los sectores urbanos populares el respeto debido a los adultos por los miembros del grupo social se cifra en la capacidad de no ser lesionado en su autoimagen, como autoridad en el hogar, y como persona fuera de él. Esto conlleva una marcada susceptibilidad a lesiones o pérdidas de autoimagen en las interacciones sociales⁴¹, especialmente en las situaciones que afectan el control social. Se recela el desconocimiento propio tanto en la sociedad como dentro del grupo familiar, de manera que miedo, pasividad y agresión son mecanismos psicoculturales de adaptación al entorno.

³⁹ *Ibid.*, p. 185-186.

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ Al respecto ver el estudio de Daniel T. Linger, *Dangerous Encounters. Meanings of Violence in a Brazilian City*. Stanford University Press, Stanford, 1992, sobre la violencia y las interacciones sociales en el carnaval, en el cual resalta la ambigüedad y susceptibilidad presentes en el carnaval.

Pese a sus contrastes, las versiones eruditas sobre la catalogación y explicación de la violencia en la sociedad colombiana y las de los sectores populares parecen confluir en un punto: la autoridad es comprendida como una entidad impredecible, arbitraria, desbordada por actores violentos y ella misma al borde del exceso. Esta comprensión orienta a las personas a temer el curso impredecible de la violencia o invita a su empleo en un mundo que se vive con desconfianza y nerviosismo. Ambas versiones diluyen la responsabilidad de los sujetos sociales y dejan de lado la crisis de los sistemas colectivos de control social.

Tambiah⁴² concluye respecto a la violencia étnica en Asia que aunque ésta no se limita a las democracias, sí es claro que los esfuerzos por crear democracias muy frecuentemente producen una explosión de violencia

étnica por la relación entre la política, la democracia y la necesidad de reafirmación étnica. De manera similar, existe en Colombia un vínculo entre la concepción sobre la autoridad como ente personalizable, inclinado al uso de la fuerza ante los conflictos y el ejercicio de una democracia fragmentada, desregulada, influenciada por la fuerza. La reiteración y la fascinación por la violencia, su papel en los atributos de identidad permiten su asimilación, pero encubren los resortes de la violencia como interacción social, como relación construida, y los aprendizajes y las transacciones que supone la acción violenta. El efecto paradójico de atracción y repulsión frente a la violencia, su poder instrumental y el expresivo, se anudan para poner en entredicho la participación ciudadana y la sociedad como sistema moral.

⁽⁴²⁾ Stanley Tambiah, "Presidential Address: Reflections on Communal Violence in South Asia", en *The Journal of Asian Studies*, vol.49, N. 4, November, 1990, p.741-760.